

quera, no quiso ser ménos que él y le envió no solo el cautivo de quien habló á su hijo, sino otros diez más, y como regalo doce caballos ricamente enjaezados á la usanza morisca. (E)

A partir de aquel momento, Sahim, que debía á los cristianos la vida de su hijo, fué piadoso con ellos.

Cuando supo las prendas que adornaban á Alonso de Ojeda facilitó su fuga, y de este modo pudo el desdichado amante volver al seno de sus amigos y de sus protectores, que le lloraban como muerto.

Se habia obrado un gran cambio en su existencia. No creia en el amor, y con un secreto deseo, con el de morir cuanto ántes, se lanzaba á los mayores peligros.

La suerte le protegió; salió triunfante en todas las luchas en que tomó parte; la gloria le sonrió, y el amor á la gloria alejó de su alma el deseo de morir.

Poco dejó en él el espíritu caballeresco y aventurero, la sed de dificultades que vencer, y natural era que habiendo llegado una época de ocio para los guerreros, al ver que se trataba en el Nuevo Mundo de conquistar ricos países y difundir la fe católica entre una raza idólatra, y al comprender desde luego todos los riesgos que podian correr en una navegacion tan larga, desease acompañar á Colón.

El almirante tenia noticia da él, y le acogió con los brazos abiertos.

—Hombres como vos son los que yo necesito: valientes con los valientes; generosos con los débiles. Contad conmigo para todo.

Alonso de Ojeda, que habia logrado del duque de Medinaceli, su protector, que le permitiese ir en la expedicion, no se separó desde entónces del almirante, y ardía en deseos de emprender cuanto ántes la marcha.

Conozcamos ahora á Américo Vespucio.

CAPITULO XXXI.

Américo Vespucio.



AMOS á trasladar á nuestros lectores á la ciudad de Florencia, y á entrar con ellos en una casa de modesto aspecto en una tarde del mes de Julio del año 1481.

Una mujer de cincuenta años, con todo el aspecto de una matrona, se entrega á las faenas de la casa, suspende sus tareas para consultar á un fraile de venerable rostro que saluda á la buena mujer, diciéndole:

—Dios sea con nosotros, mi querida Isabel.

—¿Vos por aquí, padre Jorge? exclamó la aludida; ¿á qué se debe vuestra visita?

—Salgo ahora mismo del palacio de los Médicis de dar la acostumbrada leccion de latinidad á Rugiero, el hijo menor del duque.

—¿Y venís á que os sirvan un refrigerio?

—¿No, hija mia, no; vengo á darte noticia que de seguro te pondrá de mal humor.

—¿Pues qué pasa?

—El duque me ha llamado esta tarde y me ha enseñado una carta que ha recibido de España.

—¿Se trata de alguna diablura de mi hijo Paolo?

—Lo has adivinado.

—¡Válgame dios! ¡Válgame Dios! Va á matarnos á pesa-

dumbres. Hablad, hablad, padre Jorge, ya sabeis que, aunque soy su madre y le quiero con toda mi alma, conozco sus defectos y estoy siempre dispuesto á reprimirle.

—Ya sabeis que los duques comercian con España, y que, gracias á sus ruegos, hemos dado una colocacion á Paolo en la factoría de Sevilla. Creimos todos que al alejarle de vuestro lado, al viajar, mudaria de costumbres y sacrificaría su viveza, su carácter atolondrado, á la esperanza de un porvenir risueño en casa de los duques; pero, por lo visto, al partir de Florencia iba resuelto á vivir alegremente, á trabajar lo ménos posible y á continuar sus locuras. El administrador general del duque ha procurado atarle corto; pero no pudiendo hacer carrera de él, ha roto el silencio, y ha escrito á su amo dándole cuenta de las pérdidas y desgracias que la insensatez de Paolo ha ocasionado. El duque, que me quiere en extremo, que sabe cuán honrado es mi hermano Atanasio, cuán buena, cuán cariñosa eres tú, siente en extremo tener que privarse de los servicios de Paolo; pero no habrá remedio. Si persiste en la conducta que está observando, yo mismo seré el que le aconseje que le ponga en la calle y que le haga venir á Florencia, para enviarle á las galeras á que reme y aprenda á ser hombre de bien.

El fraile calló.

Hubo una breve pausa.

—Pobre hijo mio, dijo Isabel enjugando las lágrimas que asomaban á sus ojos, veo que teneis razon y que si no se emienda, me parece conveniente, ántes de que cometa una torpeza mayor que las que ha cometido hasta ahora, ser nosotros los que pidamos al señor duque que le eche de su lado; es la deshonra de la familia.

—Madre, madre, entró gritando en la habitacion donde estaban Isabel y el padre Jorge, un jóven de veinte á vein-

tidos años, de hermoso rostro, de vivos ojos, de aspecto inteligente.

Pero al notar que la buena mujer tenia inundados los ojos de lágrimas:

—¿Qué os pasa, madre mia? preguntó.... Sentaos vos, padre Jorge.

El fraile refirió á Américo, que este era el nombre del recién llegado, lo que acababa de contar á su madre.

—¿Quereis entrar conmigo en una conspiracion? dijo á su madre y á su tio:

—¿Qué dices, muchacho? preguntó el fraile.

—Oidme con atencion. He cumplido hace poco veinte años, amo á mi familia y deseo labrar su felicidad. Mi hermano Paolo no quiere trabajar: pues bien; pedid conmigo al duque que me conceda á mí la plaza que él desempeña y yo iré á España á demostrarle que la familia de los Vespucci sabe cumplir todos sus deberes. Ya sabeis que mi hermano quiere ser militar: yo destinaré de lo que gane una parte para ayudarle á realizar su deseo. Tal vez halle en esa profesion honra y gloria para su nombre.

—Para que sucumba en ella como tu pobre hermano Luigi, á quien aún no he olvidado.

—No, madre mia, no; mi hermano es valiente, es atrevido, tiene buen corazon y se verá contrariado siempre dedicándose al comercio.

—¿Y qué habíamos de hacer? Nuestra familia es noble, pero la desgracia nos persigue desde hace tiempo y somos pobres. Vuestro padre trabaja noche y dia para sostener su casa, justo era que tu hermano le ayudase.

—¿Y por qué no yo?

—Tú desde niño has demostrado gran aficion á la pintura,

eres el menor de la casa, y tanto tu padre como yo hemos querido darte gusto.

—Pues bien, para dármele es preciso que me ayudeis à realizar mi empresa. Yo necesito horizontes nuevos, más expansion que la que tengo aquí. No sé por qué presiento que la fortuna ha de ayudarme ahora à conquistarme la posicion en que pueda demostrar mi fe, mi voluntad, la inteligencia que Dios me ha dado, y yo os prometo que no os arrepentireis de este beneficio.

Hablaba con tal conviccion, que el padre Jorge:

—Es necesario que le demos gusto, dijo à su cuñada Isabel.

—Mi padre, añadió Américo, no consentiría nunca que yo me alejase. Hacedle creer que el duque lo ha exigido así, y entónces me dará su permiso y su bendiccion.

—Pues voy ahora mismo à ver al duque para manifestarle tus deseos.

Y mirando à Isabel:

—¿No teneis nada que decirme?

—¡El lo quiere! añadió la pobre madre.

Aquella misma noche, al retirarse à casa el jefe de la familia, supo la determinacion que habia tomado el duque de Médicis, y aunque no sin trabajo se conformó con ella.

Ocho dias despues se embarcaba con direccion à Sevilla un jóven que más tarde debia dar su nombre à una parte del mundo.

Era Amérigo, ó Américo Vespucio, como le llama la historia.

Dotado de buenos sentimientos, dominado por una sed de emociones, sin haber experimentado más deseo que el de la ambicion, se desprendió de los brazos de su madre y cruzando las espumosas ondas del mar, llegó à Sevilla à reemplazar

à su hermano que, con su dejadez y su desordenada vida, avergonzaba à su familia.

No tardó el jóven en demostrar su inteligencia y su laboriosidad, aumentando en breve tiempo las ganancias de su amo, que por entónces no se desdenaba, à pesar de ser el jefe de una de las principales familias de Florencia, de desempeñar en grande escala el oficio de comerciante en casi todos los puertos más ricos y frecuentados del mundo conocido.

Américo Vespucio habia recibido una educacion esmerada bajo la direccion de su tio el Padre Jorge, y gracias à esto y à sus cualidades personales, no tardó en captarse las simpatías del administrador ó superintendente general que tenia el duque de Médicis en Sevilla, de tal manera que à los pocos dias de hallarse à su lado le puso al frente de las transacciones comerciales que ejecutaba siempre con gran beneficio de la casa.

Una pasion desgraciada llenó los mejores dias de su juventud.

Su jefe, Alonso Orini, estaba unido con una mujer cuya edad doblaba.

Esperanza, que este era su nombre, era hija de unos aldeanos de las cercanías de Florencia, que habian tenido en arrendamiento algunos bienes del que más tarde fué su hijo.

Prendado de su hermosura, de su talento, no vaciló en darle la mano de esposa, y ella, más que por amor por gratitud, le sacrificó su vida, prometiéndose siempre ser un modelo de fidelidad y cariño.

Al encargarse de los negocios comerciales del duque de Médicis en España, la llevó en su compañía, y con ella habitaba en Sevilla, cuando llegó Américo Vespucio à reemplazar à su hermano.

La inteligencia, la laboriosidad del jóven le conquistaron

el aprecio de su jefe, y éste no vaciló en abrirle su casa y considerarle en ella más que como un subordinado, como un compatriota, como un amigo.

Américo Vespucio estaba en todo el apogeo de su juventud.

Sus negros ojos, brillantes, revelaban el temple de su alma.

Esperanza no tardó en fijar su atención y en inspirarle una pasión violenta.

Tarde ó temprano sucede esto á los que cobran en sacrificios de gratitud los favores que han dispensado.

Américo no había dicho una sola palabra á Esperanza.

Tampoco la joven esposa le había demostrado el sentimiento de su alma, y sin embargo, los dos se habían comprendido.

Evitaban las ocasiones de verse, y la casualidad hacía que fuesen más frecuentes que nunca.

Don Alfonso, que estaba prendado de la laboriosidad, de la inteligencia, de las cualidades especiales que adornaban á Américo, se complacía en tenerle á su lado, y no daba una sola fiesta á que no le invitase.

Sentábase á su mesa á menudo, obligábase á pasar en su compañía y en la de su esposa las veladas, y cuando las obligaciones de su empleo le obligaban á partir á alguno de los puertos inmediatos, dejábase encargado de su casa.

Don Alfonso observó que Esperanza estaba muy desmejorada.

Era natural.

Sufría mucho.

Dotada de un alma generosa, apasionada, mientras que el sentimiento de la gratitud la había tenido resignada con su suerte, cariñosa con su esposo, había vivido feliz, porque no comprendía un más allá.

Pero desde el momento en que la ardiente mirada del joven

florentino había inundado su corazón; desde el momento en que su imaginación le había ofrecido goces supremos que no había disfrutado, una terrible lucha se había trabado en su alma: la gratitud y el amor.

El deber y la pasión combatían en ella de tal modo, con tal violencia, que el color había huido de sus mejillas, la fiebre latía en sus venas y la desesperación se había apoderado de su alma.

Don Alfonso atribuyó aquella tristeza, aquel malestar al recuerdo de su patria, al deseo de volver á ella á pasar algún tiempo con sus padres, y deseando complacerla, la propuso un viaje á Florencia.

Esperanza aceptó la proposición.

Aquello era un refugio.

Los dos partieron, y Américo experimentó también una inmensa alegría, porque pensaba que la ausencia mitigaría su amor.

Don Alfonso le puso al frente de todos los negocios de la casa, y partió prometiéndole volver en seguida.

Américo no faltó un solo instante á la confianza que había depositado en él.

Activo, laborioso, multiplicándose en todas las ocasiones, pudo á su vuelta demostrarle que no se había engañado al formar de él la ventajosa opinión que tenía.

Pero ¡ay! en vano había procurado el joven dominar su pasión.

Un poeta lo ha dicho:

Es amor en la ausencia
como la sombra,
y cuanto más se aleja,
más cuerpo toma;
que amor es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

Quería, pues, separar su recuerdo de su imaginación y no podía.

Deseaba borrar de los ojos de su alma la imagen de Esperanza, y la veía más hermosa que nunca.

A cada instante resonaba su acento en su oído.

La pasión aumentaba por momentos, y como el torrente, amenazaba avasallar cuanto encontraba en su camino.

Lo mismo sucedía á Esperanza.

Pero uno y otro estaban resueltos á vencerse á toda costa, á dominar la pasión que ardía en su pecho, á resistir á todas las seducciones de la tentación.

Una triste noticia comunicada á don Alfonso desde Florencia le obligó á llamar á Américo para confiársela.

—Es necesario que partais hoy mismo para Florencia, le dijo.

—¡Yo, señor! exclamó asustado Américo, ¿por qué causa?

—Por una muy dolorosa, pero confío en que tendreis valor para soportar la desgracia que pesa sobre vos.

—Hablad, hablad.

—Vuestra madre

—¿Está enferma?

—Valor, amigo mío; lo está, sí, lo está de gravedad, y desea veros.

En aquel momento olvidó Américo Vespucio su pasión, y agradeciendo á don Alfonso el permiso que le daba, aprovechó la próxima salida de una embarcación para trasladarse á su patria.

Cuando llegó era tarde.

Su madre había espirado.

Su anciano padre fué hospedado por el duque de Médicis en su palacio, con el propósito de que acabara allí, bajo su amparo, el resto de sus días.

En medio de su dolor no olvidaba el joven á Esperanza. Próximo á regresar á Sevilla, recibió un mensaje de don Alfonso.

«Id á la aldea donde habita mi esposa, le decía, poned á sus órdenes y acompañadla hasta mi lado.»

Aquel papel abrasó las manos de Américo.

La fatalidad le perseguía.

¿Cómo podía negarse á obedecer aquella orden?

Y si la obedecía, ¿dónde hallaría fuerzas suficientes para resistir á la ocasión?

Esperanza recibió también una carta en la que le comunicaba su esposo sus deseos.

Después de vacilar mucho tiempo, comprendió Américo que no tenía más remedio que obedecer, y dirigiéndose á la aldea donde estaba Esperanza, se puso á su servicio.

Involuntariamente, al verse los dos, se estrecharon la mano.

No podían decirse más de lo que se dijeron en aquel momento, y, sin embargo, separándose instantáneamente, tomaron, ella la actitud de la señora, él la del siervo.

La reflexión dominó á la pasión.